

Blas Matamoro

# CON RITMO DE TANGO

Un diccionario personal de la Argentina

---



fórcola

## CON RITMO DE TANGO

Blas Matamoro

# CON RITMO DE TANGO

Un diccionario personal de la Argentina

fórcola  
Periplos

## Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Imagen de cubierta: Boca del metro en el centro de Buenos Aires, circa 1930

© Blas Matamoro, 2017

© Fórcola Ediciones, 2017

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

[www.forcolaediciones.com](http://www.forcolaediciones.com)

ISBN: 978-84-17425-10-4

Sean eternos los laureles  
que supimos conseguir.  
Coronados de gloria vivamos  
¡o juremos con gloria morir!

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

Bartolomé Mitre a Andrés Lamas (1851): «... los laureles que los cocineros destinan a perfumar las salsas del pescado y que los guerreros han elegido como emblema de gloria».

Doncellas de las pampas, rellenaed vuestros cestos  
De las más frescas flores y de hojas de laurel.

RUBÉN DARÍO, *Oda a Mitre*

El hombre es originariamente su propio destino.

HEGEL

## INTRODUCCIÓN

## El Gato Forastero y la Reina del Plata

Los diccionarios, como las antologías, suelen leerse en busca de ausencias. «Éste no está, aquélla tampoco... Pero ¿cómo? ¿Figura Tal pero no Cual?» Es algo que ocurre con los diccionarios, hijos de una institución convenientemente impersonal, y también con las antologías, que se entienden consultadas y obra de un colectivo igualmente impersonal. Pero el presente es un diccionario personal, tan pequeño como su autor, es decir más chico que una institución y un colectivo. Ambos, escritor y librito, pueden llevarse en el bolsillo. No son hijos de la institución ni del colectivo sino de una selección ligada a una persona. Me explico: no es el texto que emite una persona que pretende expresarse. Dios me libre de semejante cosa. Es una escritura que propende a construir a la persona que la ha redactado. Y, como siempre en estos casos, es el resultado de una historia.

Es cierto que la primera del personal abunda en él. Lo es tanto como que el texto la esconde a la vez que la señala. Hay por lo menos dos casos ilustres en la historia de la literatura que juegan a lo mismo. Al comienzo del *Quijote* aparece Yo y dice aquello de «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...». Soy Yo quien no quiere acordarse. Al empezar *Madame Bovary* se dice: «Estábamos en el estudio cuando entró el Provisor...». Lo mismo: es Yo, uno de nosotros, quien narra. En ambos libros, esa primera del singular desaparece tras dar la señal de partida. El texto, como acabo de decir, la indica y la oculta. Desde luego, las ropas de Cervantes y de Flaubert me quedan grandes y no pretendo vestirme con ellas, pero las tengo como referencias de sastrería.

He escrito estas páginas sumando cuarenta años de vida en Madrid, ciudad a la que llegué con mis treinta y cuatro cumplidos, es decir que llevo en ella la mayor parte de esa irremediable tarea del tiempo que llamamos vida. Puedo decir cumplidamente que soy el Gato Forastero que provino de la Reina del Plata. Tenía los deberes hechos en mi Buenos Aires natal cuando me dieron el empujón del exilio: empezar todo de nuevo sin la menor gana de empezar nada aunque estimulado por el desafío de no morir de inopia, no dar la razón al tirano y al verdugo.

Los malos motivos de partida devinieron los buenos argumentos para permanecer. Una de sus consecuencias se aloja en este libro.

El Gato Forastero ama la noche y sus tejados. Hace equilibrios sobre la cima de las casas donde aún queda un poco de la tibieza solar y desde donde se observa la creciente quietud del descanso. Se apagan los fogones, las luces, la brasa de los cigarrillos. El Gato, tras pispar la vida ajena por las rendijas, baja a la calle. Es invierno y todo está cristalino y helado como un mal recuerdo. Por los resquicios del viejo Madrid el aire articula su hermética lengua. Hay luces esquivas y las antiguas piedras, en la estrecha majestad de los espacios, se imponen. El Gato vaga por el callejón del Codo, la plaza del Conde de Barajas, San Javier y el Panecillo. Por momentos rememora la música de Boccherini, que debió frecuentar estos mismos sitios. El maestro luqués también fue un Gato Forastero, que vino de lejos y se quedó. El Gato porteño conoció algunas de sus obras allá lejos y hace tiempo. Ahora, le son una cercana compañía porque parecen armonizar con estos desolados contraluces y estos claroscuros desolados.

De pronto, el leve aire invernal se torna viento de primavera que se arrastra, prepotente, entre las ramas de los plátanos. Es medianoche solitaria en el pasaje Timbó, el Gustavo Riccio, el Pescadores, el demolido Seaver. El Gato anda, ya viejo, rebuscando en esos pasajes los parajes y fantasmas de su juventud. Hay también luces esquivas entre los árboles y quizá también algún rayo lunar. Una sucesión de fachadas pastiches dejan entrever el fondo de las casas donde se apagan las últimas lámparas. Es el momento en que el Gato evoca las callejas del viejo Madrid, que lo han traído a las del viejo Buenos Aires de su infancia. Es cuando se pregunta ¿dónde estoy? La única respuesta la da el reloj. Si está en Buenos Aires, suma cuatro horas y piensa en la hora de allá. Si está en Madrid, descuenta cuatro horas y asimismo piensa en la hora de allá. ¿Dónde está el allá?

Acaso he escrito este libro para sustituir las consultas al reloj y confiar en la respuesta que pueda ofrecer la escritura. Al hacerlo he percibido que escribía en un vaivén, subido a un vehículo con incesante movimiento. El punto de partida estaba claro, el de llegada no, y lo difuso de la meta tenía un poderoso encanto. Debí repasar fuentes sobre la Argentina, rememorar lo olvidado, aprender lo nunca sabido. Era volver a mi país de origen para considerarlo desde afuera. Estaba en su interior con mi memoria y en su exterior con mi percepción. Me ocurrió desde el primer retorno, tras diez años de ausencia. A medida que me acercaba a Buenos Aires, retomaba la imagen antigua que conservaba de ella, una suerte de barrio periférico de París. Pero hallé otra ciudad, un puerto del Mediterráneo, similar a Marsella o a Trieste pero, sobre

todo, a Barcelona. Buenos Aires, por la experiencia de la emigración, se me había vuelto un puerto español, tal vez como lo vieron mis abuelos españoles cuando llegaron a él en 1888.

De vuelta en Madrid, el viaje se acrecentó con esa otra memoria prestada. Yo había llegado como mis abuelos, esos españoles que se marcharon para «hacer la América», y no les fue dado retornar y arraigaron como pudieron, sin disipar, desde luego, el sueño del indiano que exhibe su prosperidad y planta su palacio en lo alto de la aldea donde nació. También algo de esto ha de haber en el diccionario que presento. Es mi caserón de indiano, lo ofrezco a mis antepasados. Finalmente, les debo el apellido con que firmo mis cosas, y la lengua en que están escritas, la suya, que trato de hacer mía.

Según se ve, hubo en la tarea un cierto ajuste de cuentas. Es uno de los aprendizajes que cursamos los argentinos de la emigración. Hemos de dar una imagen de ajuste y rompernos el alma –el cuerpo ha de permanecer como lo he dicho: ajustado– para destacar. Ajustados como el sutil conceptismo en la prosa de Borges, como el sabio discurrir futbolero del maestro Jorge Valdano y el discípulo Cholo Simeone, el sueño del arquitecto Emilio Ambasz y el museo de sí mismo, el jesuita Bergoglio despelotando al Vaticano, el salto de Julio Bocca, trepador de nubes, Martita Argerich convertida en la diablesa de la Gran Sonata de Liszt. El chico ajusta y centra el nudo Windsor de su corbata para sembrar un gran señor como el papá que se lo enseñó. La chica ajusta las vueltas de su peinado y la exacta altura de sus tacones para llegar-a-ser-una-señora. Porque un argentino emigrado habrá de ser un señor o una señora o no podrá distinguirse, o sea que no será nadie. Y para *nadies* están los demás. Quizá haya echado unas pizcas de ese «no molestarse por menos» de la argentinidad errabunda, lo cual resulta indispensable en un diccionario personal. Es como el aceite en la ensalada. En ajustada medida, no se lo ve pero se lo saborea.

Pertenezco a la camada o promoción –eso de las generaciones no me gusta por demasiado mecánico– de los veinteañeros en la década de 1960. Rehúyo los tópicos: nada de Beatles, ni de Tim O’Leary, ni de Mayo del 68. Más bien evoco un país que conserva sus estándares. Una fachada de nación desarrollada y unas entretelas de subdesarrollo: alfabetización general, óptimos resultados educativos, homogeneidad racial, tolerancia religiosa, baja mortalidad infantil, crecimiento sostenido, alta esperanza de vida, infraestructuras deterioradas, villas miserias convenientemente disimuladas u ocultas, demografía desequilibrada (excesiva concentración, fronteras despobladas), provincias ricas y provincia pobres.



Aunque el país seguía siendo lo que siempre había sido para el mercado mundial, una potencia agroexportadora, el crecimiento constante de la economía, una clase media con cultura urbana ya tradicional y cierta experiencia industrial podían permitirse una previsión de estabilidad y desarrollo. Sin embargo, ocurrió lo contrario: inestabilidad y un desarrollo de bruscas aceleraciones y retrocesos. Crecer para la Argentina fue casi siempre lo contrario que para el resto del mundo: no equilibrarse sino desequilibrarse.

Los partidos políticos tenían un débil personal; el ejército intervenía constantemente pero con una dirigencia inepta que culminó con el dictador Onganía que consagró la nación al corazón de la Virgen de Luján y proclamó abolida la lucha de clases; el sindicalismo era fuerte y corporativo pero carecía de equivalente político como un partido laborista. La vieja oligarquía estaba desaparecida de la escena desde los años cuarenta y la burguesía de reemplazo no pasaba de aspirar a la gerencia de las transnacionales. El Estado, con una representación inestable, no podía suplir estas deficiencias. En diez años, los que van de 1962 a 1972, se sucedieron seis presidentes entre civiles que no terminaron su mandato y militares que se expulsaban unos a otros.

La experiencia del peronismo se consideraba cerrada y lejana. En todo caso, el poder peronista residía en los grandes capos sindicales, en su mayoría asesinados luego por las guerrillas: Vandor, Alonso, Santillán, Rucci (Armando March se salvó: estaba preso por delitos comunes). De hecho, sólo el 35 por ciento de la población seguía considerándose peronista. Desde luego, Perón existía en Puerta de Hierro pero, como el Dios de Ortega, brillaba por su ausencia.

Con una dirigencia degollada y las vías normales de acceso al poder, bloqueadas por el militarismo, lo que nos quedaba a los chicos de entonces era una suerte de ética del desánimo, una elegante displicencia por la cosa pública, o la seducción de lo violento, vistas las grandes empresas que nos parecían emancipatorias: Cuba, Vietnam, Argelia. De ahí que, intelectualmente, el panorama era una mezcla, no siempre armoniosa, de discusión política y reflexión cognoscitiva impregnada de aquélla.

La época fue culturalmente brillante: los neomarxismos, las tendencias psicoanalíticas, el estructuralismo, la recuperación de la Escuela de Frankfurt y del formalismo ruso, la Iglesia del concilio Vaticano II, las neovanguardias, las tendencias del cine (neorrealismo italiano, nueva ola francesa, los americanos de siempre, el Cinema Novo continental, los suecos de ahora), el boom de la literatura latinoamericana. En comparación con la actualidad, parece aquélla una época joven y ésta, una era anciana.

Después advertimos que la dinámica de la historia estaba preparando nuestras emigraciones. Dentro del país significó prohibición, masacre y tortura. El temor a la guerrilla endureció al militarismo, el delirio del triunfo animó a la guerrilla, se recuperó el peronismo, volvió Perón y en su nombre se eligió a un presidente civil, Héctor Cámpora, que duró del 25 de mayo al 3 de julio de 1973. El resto del proceso es conocido y forma parte de distintos artículos en el diccionario que sigue.

El Gato Forastero es natural de la Reina del Plata y a ella pertenece la mitad de su memoria. La otra mitad es madrileña. Entre ambas se genera una perspectiva que seguramente domina en el presente libro. La Argentina del Gato es la de un porteño, un animal portuario, alimentado por las resacas culturales de Occidente que, a su vez, arrastran las de Oriente. Portuario quiere decir: frecuentador de barrios donde la gente se queda por generaciones y de dársenas y muelles por donde circulan extraños que pasan de largo o apenas rozan la ciudad, dejando su aureola de huidiza lejanía. Es muy posible que desde otros puntos de vista, situados en las provincias, lo que se pueda ver del mismo país sea diverso. Mis amigos provincianos suelen decirme que Buenos Aires es una ciudad sin país, a lo que replico que es una ciudad llena de provincianos de ese mismo país. Desde luego, la Argentina bien o mal cohesionada es obra principalmente porteña porque siempre, para unificar un país disperso y hacerlo nación, hace falta un poder que hegemonice. Así Castilla hizo a España, Piamonte a Italia, Prusia a Alemania, la Moscovia a Rusia y etcétera. Lo peligroso del poder para hacer es que resulta también un poder para deshacer. Hoy es tema que no toca.

Me he cuidado de que el texto sea legible por argentinos y españoles. Desde luego, cualquier otro ser humano está invitado para intentarlo. La Argentina, con todos sus variados vicios y sus íntegras virtudes, suele resultar seductora. Hasta para los argentinos que estamos lejos de ella y que, naturalmente y sin embargo, la seguimos teniendo de referencia. Se me ocurre que uno de sus notorios encantos es el de ser un país joven con un fuerte elemento decadente, como si hubiera poseído una edad de oro para siempre perdida, irrecuperable. En cada etapa de su historia, esta melancolía por el oro disipado se repite. Lo único que cambia es el mítico tiempo áureo. Quizá sea porque el pasado, al ser breve, pesa más y resulta más difícil de inhumar. Sigue vivo, exige mirar hacia él, bloquea la dirección hacia el futuro. En España, por ejemplo, la Guerra Civil, que acabó hace menos de ochenta años, es un pleito fallado, lo cual no impide la discusión entre los estudiosos. Las invocaciones de los nacionalismos identitarios son fantasmales y raramente se pueden tomar en serio. ¿Alguien cree que los vascos provienen de la Atlántida, que los catalanes fueron engendrados por Carlo-

magno o que los vizcaínos son castellanos porque más de cien de Bilbao pelearon en las Navas de Tolosa bajo el pendón del Apóstol? No sigamos. Hoy tampoco toca.

## CON RITMO DE TANGO

UN DICCIONARIO PERSONAL DE LA ARGENTINA

## ALBERDI, JUAN BAUTISTA (1810-1884)

No es exagerado considerarlo el mayor intelectual latinoamericano del siglo XIX. Lo acreditan lo metódico de su formación, lo sistemático de su tarea, el carácter de iniciador en diversas disciplinas y su destino histórico, el de ser uno de los organizadores de la moderna Argentina, país donde vivió sólo hasta su primera juventud. No fue el único protagonista que sufrió lo inhóspito de su propia criatura. San Martín, Bolívar, Rivadavia, Rosas, Sarmiento, Artigas, O'Higgins, Mansilla lo acompañaron en la errancia fuera de la patria o su muerte lejos de ella. Como respuesta diferida, como insistencia, dos notorios argentinos del siglo XX, Jorge Luis Borges y Alberto Ginastera, acabaron sus días en Suiza.

No hay disciplina del intelecto que Alberdi no hubiera frecuentado, siempre con su didascalia previa. Introdujo la escuela histórica del Derecho, diseñó la Constitución federal argentina, su sistema fiscal y su derecho provincial, proyectó un congreso organizador americano que fundamenta el derecho internacional público del continente. Todo ello en sede jurídica, pero en otros ámbitos de la reflexión sentó los principios de una pragmática filosófica americana y una estética de su poesía. Más allá de su interés teórico por las artes, escribió una novela utópico-alegórica (*Peregrinación a Luz del Día*), una farsa política (*El gigante Amapolas*), varias biografías de políticos y letrados sudamericanos, un ensayo sobre el espíritu de la música con un método para aprender a tocar el piano. No le faltó tiempo para componer algunos poemas y piezas musicales de salón, a la vez que editar en Montevideo la revista *La Moda*, destinada a esta materia, crónicas de costumbres (que firmaba como Figarillo en homenaje a la memoria de Larra). Desde luego, polemizó: sobre la guerra del Paraguay, sobre el monarquismo imperial de Brasil, sobre la legislación civil de Vélez Sarsfield, sobre la guerra franco-prusiana (*El crimen de la guerra*). Compañero intelectual y adversario político de Sarmiento, mantuvo con él una polémica panorámica sobre la organización nacional que puede servirnos todavía hoy a los argentinos como medicina contra nuestros habituales integristas. Me refiero a las *Cartas quillotanas* de Alberdi y *Las ciento y una* de Sarmiento.

Con menos de treinta años, después de haber estudiado y empezado a actuar en Buenos Aires, este tucumano marchó a su primer exilio,

el de Montevideo, al que lo impulsó el dictador Rosas, personaje en quien depositó precoces expectativas de orden pero que acabó por repugnarlo. De allí en más, en Chile, en Italia, como agente diplomático de la Confederación (léase: Urquiza) en busca del reconocimiento de la independencia ante las cortes europeas, obligado o por libre, vivió como un expatriado. En parte, por romántico: la vida vale la pena si se la vive como errante, forastero y, finalmente, extraño o, por su lado, como una suerte de argentino típico y contratípico, un ausente que nunca salió de su país (*sic*). Argentino de lejos, podría decirse, lo cual le permitió prescindir de la política inmediata y menuda, el agua turbia del vaso a la que aludió Sarmiento. No tuvo la prosa genialoide de éste, ni la corrección preceptiva de Bello o Montalvo, ni la fatiga documental y erudita de Mitre, pero sí esa distancia que le permitió discurrir con anchuras de libertad por todos los caminos de su imaginación y sus rabietas. Acabó haciendo algo tan argentino como morir en París (Neuilly-sur-Seine, para ser exactos).

## ARGENTINA

Martín del Barco Centenera, arcediano extremeño (¿1544?-¿1601?) que fue procurador de Buenos Aires ante la Corona, dejó escrito su poema *Argentina y conquista del Río de la Plata* para ser publicado en Lisboa en 1602. En él, como corresponde, invoca a Apolo para cantar «al ser tan olvidado/ del Argentino Reyno». Tan tempranamente olvidado, este enigmático Reyno, necesariamente, hubo de ser antes recordado. Al menos, hacia 1612 también resultaba memorable a Ruy Díaz de Guzmán (1558 o 1560-1629), semimestizo paraguayo que escribió *La Argentina manuscrita*, prosa bastante histórica que conserva este curioso título aunque no hayan subsistido sus manuscritos. Desde luego, el nombre del Reyno se debe al metal argénteo, que sigue brillando en un río y un mar, es decir: un estuario y un balneario: Río de la Plata, Mar del Plata. Se pensaba que remontando el primero por donde se rebautiliza Paraná, se llegaría al país en que la plata abundaba. No fue así pero los significantes son empecinados. En rigor, según anoticia don Ruy, Argentina denominaban los portugueses, por entonces señores del Brasil, al Potosí y, quizá por extensión, a lo que se llamó luego Alto Perú y hoy es Bolivia. En tales tierras se correspondía la palabra con la realidad mineral del lugar. Es decir que los argentinos, etimológicamente, somos bolivianos. No obstante, la palabra continúa arraigada a nuestras hablas cotidianas como algo propio. Plata es sinónimo de dinero y un argentino *platudo* (rico, pastoso) es doblemente argénteo. Decirse

argentino es decirse resplandeciente como el noble metal, dinerario en definitiva, aunque la plata sea actualmente de papel. Incluso hay una ciudad toda plateada y platense, La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Es por completo una inmensa moneda que resplandece, inevitablemente metálica, bajo el sol o la luna.

## ARGENTINADA

En cierto congreso panamericano de derecho internacional, el doctor Manuel Quintana, que fuera elegido presidente de la Nación en 1904, se entrevistó con un diplomático norteamericano que observaba con interés el notable alfiler de corbata que sostenía el plastrón del argentino. «Parece usted un presidente de universidad norteamericana», comentó el homónimo. «En mi país –informó el doctor Quintana– todos los hombres parecemos presidentes de universidades norteamericanas.» Imagino el elocuente silencio del otro. Quintana remató la escena regalándole el alfiler de corbata, con la advertencia de que este adnículo, viril como pocos, faltaba a su colega.

## ARLT, ROBERTO (1900-1942)

Cierta vez, allá por mi adolescencia, encontré en el altillo de un tío político un ejemplar de la primera edición definitiva de *Los siete locos*, con una portada delicadamente verde manzana, el color favorito de Luis XV. En el revés de la contraportada había una hilera de números tachados con tinta morada: los tantos del mus. Pregunté a su dueño por qué había comprado aquel libro, que en mis manos lucía como un incunable glorioso y nacional. Me dijo que era una novela *verduscona*, sicalíptica, subida de tono. Esto sería para el Buenos Aires de 1930, no para los días del hallazgo, cuando Arlt empezaba a ser canonizado (no santificado sino digno del canon académico). Tenía prestigios divergentes: los comunistas se lo apuntaban como compañero de ruta, los muchachos de la revista *Contorno* admiraban su reciedumbre y sus arrestos existenciales: venía de Dostoievski y anunciaba a Sartre. Los populistas rubricaban a mi tío y exaltaban su perfil de escritor atorrante, felizmente maleducado.

También se inventó por entonces una suerte de dualismo alternativo: Borges o Arlt, literatura para los *millonarios* de River Plate y literatura para los *bosteros* de Boca Juniors. Bizantinismo pulcro, cuidadoso y erudito versus descuidismo sanguíneo, intuitivo y genialoide. Sin duda, dos literaturas distintas pero –esto me importa– un mismo imaginario